

in the middle of nowhere

un verano en el este canadiense



manu garrido

ctxt
REVISTA CONTEXTO

ctxt

CONTEXTO Y ACCIÓN

Todos los derechos reservados

© Revista Contexto, SL
Madrid, España

CTXT / www.ctxt.es

Esta pequeña aventura de verano tuvo lugar entre finales de junio y mediados de agosto de 2019.

*No one has ever said that life is to be easy.
Only that it is to be lived.*

Alistair MacLeod

Frío y nubes bajas en verano

Nueva Escocia



Cinco horas de autobús, dos horas y media de vuelo de conexión, ocho horas de transatlántico y otra hora y media de nacional. Viajar te curará el alma, pero la espalda te la destroza. El caso: Canadá. La parte buena de Norteamérica. “¿En serio tenéis buena imagen de Canadá en España?”. Pues sí, pero a saber por qué. Quizá sea porque en verano no hace tanto calor como en la Península; lo del solecito pegándote en la nuca deja de tener gracia en cuanto pones un pie fuera de la playa.

Hablando de penínsulas: Nueva Escocia. Primero la colonizó Francia, a finales del siglo XV. En el XVII, llegaron los escoceses y le dieron nombre. A los europeos siempre nos ha gustado eso de *descubrir* cosas y ponerles nombres. En fin. Luego hubo unos cuantos tiras y aflojas entre Francia e Inglaterra. Al final, ganaron los *fish and chips*. Hoy por hoy, los descendientes de aquellos primeros asentamientos franceses siguen aquí: se llaman acadianos y hablan un dialecto del francés.

En Nueva Escocia nieva durante –casi– todo el año. Se supone que a partir de primavera la cosa se relaja, pero este último mayo volvió a nevar con fuerza. Por eso, cuando llegan los meses de verano, la gente de aquí vive una especie de nirvana. Es normal, apenas han visto el sol. Por desgracia para ellos, el concepto de verano en Nueva Escocia dista bastante del concepto de verano en otras partes del mundo.

Primer día de viaje: frío. Segundo día: lluvia. Tercer día: frío, lluvia y estufa. Los canadienses, caras largas. Los españoles que están de visita, radiantes de felicidad. Al cuarto día, niebla. Al quinto, de repente, calor insoportable. Aunque la temperatura apenas sobrepasa los treinta grados, la humedad es brutal. La bahía de Fundy, que registra –sin que te des cuenta– las mareas más altas de la Tierra, conecta la costa con el Atlántico.

Allí, viendo el vaivén del agua que rellena cada recoveco de la bahía, el verano adquiere un matiz de extrañeza. Por momentos, esa idea del verano en forma de meses de calor, piscina y largas siestas se desvanece. En el camino hacia la adultez, separarse de la idea del verano se parece a un desengaño amoroso que llega demasiado pronto.

Uno toma consciencia de que su forma de vivir no es más que una colección de momentos que se repiten una y otra vez. Ya sea en busca de un hueco para la sombrilla en la playa, ya sea en busca de unos pocos rayos de sol con los que escapar del frío, seguimos los mismos pasos en busca de un paisaje diferente al de ayer. Y, entonces, vuelve a llover.

En mitad de ninguna parte, la vida sigue

Nueva Escocia



La vida en Nueva Escocia es como en cualquier otra parte, salvo por alguna cosa. En Wolfville, un pueblo de poco más de cuatro mil habitantes, hay una universidad. La Universidad de Acadia. Está rodeada de cientos de árboles y prados verdes despampanantes. Al lado, hay un centro para estudiantes y un jardín botánico al aire libre que los Irving, una familia especialmente adinerada, construyó como punto de encuentro para la comunidad.

El sentido de comunidad es importante aquí. Con núcleos de población no especialmente grandes, y multitud de viviendas desperdigadas por los campos de Nueva Escocia, crear puntos de encuentro para la población se convierte en algo fundamental. En el museo agrícola de New Ross, la construcción de un nuevo edificio destinado a actividades comunitarias –reuniones, talleres, exposiciones– ha incrementado sustancialmente la interacción en los alrededores.

Mantener la vida en pueblos presas de la despoblación es uno de los grandes retos de Nueva Escocia. Sus habitantes son conscientes de ello, y son los primeros en lanzarse a apoyar los productos locales y la apertura de nuevos negocios: a veces, un restaurante en mitad de ninguna parte puede revitalizar toda una zona.

Annapolis Royal, de apenas quinientos habitantes, es el ejemplo perfecto de cómo un mercado de sábado al aire libre puede llegar a atiborrar de visitantes un pequeño pueblo.

En Sandy Cove, una aldea de unas pocas casas pegando a la bahía de St. Marys, los vecinos se reúnen en verano una vez por semana en casas ajenas. Las dos o tres decenas de personas que se dan cita llevan comida y bebida, hablan entre sí y participan de un acontecimiento social probablemente único en todo el mundo: pasar un rato agradable con tus vecinos.

A pesar de todo, la mayoría de poblaciones de Nueva Escocia, aunque reducidas, están bien abastecidas. Pubs, restaurantes, *drug stores*, supermercados. En Wolfville hay hasta una tienda de cómics y un centro de yoga. Cuando llegas a cierto punto de tu vida, descubres que pasarte una hora eligiendo cuatro tebeos se parece bastante a una clase de *warm vinyasa*: despejas la mente, sudas un poco y, al final, tienes que pagar más de lo que te gustaría.

La vida aquí sigue, inmutable, en un recordatorio de que los lugares y las personas que viven en ellos son algo más que nombres y números al otro lado del mundo.

Con un poco de suerte, llegarás a formar parte de sus historias: a compartir, por unos días, esos instantes de felicidad que no entienden de idioma ni bandera. Esos instantes de humanidad que nunca te abandonan, por muchos kilómetros de distancia que los separen de tu vida en mitad de otra ninguna parte.

Viva el vino, viva el cambio climático

Nueva Escocia



Las relaciones España-Canadá avanzan a buen ritmo. Ellos están encantados con la sangría y, nosotros, con todo lo demás. “Me encanta España”, te dice la dependienta de la heladería de Mahone Bay, en la región de Nueva Escocia. “Sobre todo, el sur”. ¡Somos del sur! “¡Oh! Pero, sobre todo, Granada” ¡Somos de Granada! Confeti, trompetas, etc.

El intercambio cultural es idóneo. Ellos quieren calor y playa, y tú quieres sofá y manta. Además, tenemos mucho en común: una parte del país se quiere independizar y nuestros presidentes del gobierno son guapazos. Por supuesto, coincidimos en la repulsa a Trump. Aunque en Canadá el deporte rey es el hockey, el fútbol está muy de moda últimamente. Y luego está lo del vino.

En el valle de Annapolis, los viñedos cubren el paisaje. En los últimos años ha emergido como zona de cultivo de uvas y producción de vinos de todo tipo. ¡Quién te iba a decir a ti que los canadienses se meterían a hacer vino! Pues sí. Y, aunque no todos son estupendos, el resultado es bastante digno. La zona se ha llenado de vinerías que reciben visitas tanto de quienes quieren comprar vino, como de quienes quieren disfrutar de los restaurantes junto a los viñedos.

El fervor es tal que hay un servicio de bus turístico alrededor de las vinerías. A cambio de cierta suma de dinero, el autobús te hace un tour con paradas en cada una de ellas: así, puedes catarlas todas y, de paso, pillar un buen pedal sin preocuparte de coger luego el coche. Todo ventajas.

El asunto tiene truco. La razón por la que el valle se ha convertido en una buena zona de cultivo se debe a que los efectos del cambio climático han suavizado las temperaturas –más calor en verano, menos frío en invierno–, mejorando así la calidad de las uvas.

Estamos, probablemente, ante el único caso en el mundo en el que alguien le saca partido al cambio climático.

Aparte de vinerías, en Nueva Escocia también hay muchas fábricas de cerveza. Hay, incluso, antiguas iglesias reconvertidas en pubs. Lo de comer y beber tiene algo de espiritual. Sentarse a una mesa rodeado de gente se parece bastante a cualquier tipo de ritual religioso que a uno se le pueda ocurrir.

Hablar, disfrutar de la comida, emborracharse, reírse en voz alta. Como religión, suena bastante bien. Aquí, en mitad de ninguna parte, donde las iglesias se cuentan a pares –anglicanas, metodistas, unionistas, católicas y solo Dios sabe qué más–, la *iglesiapub* es la única que tiene cola. Quizá sea esa la respuesta a las múltiples preguntas que plantea la creación: no se trataba de dioses, mandamientos o tipos de iglesias, sino de cantidades ingentes de alcohol.

Torontontero

Ontario



¿Qué se ve a los pies de la torre más alta de Toronto? ¡A un montón de gente jugando a Pokémon GO! El último grito de la aplicación para móviles es un modo de juego que necesita de grandes grupos de personas para capturar Pokémon especiales. Así que, si alguna vez vas por la calle y te encuentras a un abultado número de gente reunida mirando su móvil y deslizando el dedo sin parar por la pantalla, no lo dudes: están capturando Pokémon.

En fin, Toronto. Ya no estás en mitad de ninguna parte. Viajar desde Nueva Escocia a Toronto es como cambiar de novia. Estabas cansado, ya. La rutina, estar estancado, esas cosas. Así que le echas la culpa a tu novia. Y te vas a Toronto. Allí esperas encontrar una novia mejor. Más guapa, más lista, más lo que sea; estás tan aburrido de ti mismo que te vale cualquier idea que ocupe más espacio.

En Nueva Escocia hiciste grandes amigos, viste ballenas y alces salvajes, te comiste varios *lobster rolls* mirando al mar. Estabas bien, para qué negarlo. En Toronto los edificios son altísimos, la gente va más deprisa, los del Airbnb son un poco raros, los helados saben peor. No tardas en darte cuenta de que tu novia estaba bien; el problema –joder, claro– eras tú.

Mientras escribes a tu exnovia para pedirle perdón, visitas los restaurantes de la ciudad. Toronto no tendrá gran cosa, pero es la meca de la interculturalidad. Por tanto, las opciones gastronómicas de calidad se multiplican. Comes pizza napolitana, fideos japoneses, arroz tailandés, tacos mexicanos, comida china vegetariana y otras tantas cosas. Te has comido *torontonero* y, sin embargo, no puedes dejar de pensar en ella.

“No puedo vivir sin ti”, le escribes de camino a las cataratas del Niágara. Allí, te dan un chubasquero rojo y te montan en un barco que te mete debajo de las cataratas. Como montarte en una

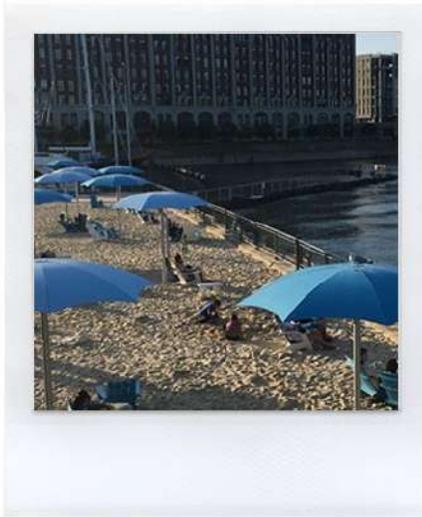
atracción de Disneyland, pero con colas más fluidas, perfectamente preparado para dar respuesta a las necesidades del turista: llegas, haces la foto, comes y te vas. Al otro lado del río, Estados Unidos. Una frontera compartida por el bien del capitalismo. Eso sí, sus chubasqueros son azules. Todos perfectamente identificados, no sea que algún indocumentado salte al agua y se cuele donde no debe.

A tu vuelta de la excursión a las cataratas, y harto de deambular sin rumbo, coges un tren a Ottawa. La capital de Canadá. Nadie lo diría, la verdad. Es una ciudad administrativa, con unos cuantos edificios gubernamentales, un canal que en invierno se convierte en una pista de patinaje, unos pocos parques y un puente que cruza a la parte francófona de Canadá. Es una ciudad puesta ahí para hacer de parapeto entre los egos franceses e ingleses.

Ottawa es tan poco convincente como tus intenciones para volver con tu ex. “Siempre te querré”, le sueltas a la desesperada. Ella lo lee y te responde con el emoji que se ríe a carcajadas. Desprovisto de esperanza, abandonas la región de Ontario. Si no has logrado volverte a enamorar allí, quizá sea el momento de cruzar el puente. Con la mirada perdida, abandonas ese trozo de Canadá que se parece a cualquier otra parte. Próxima parada, Québec.

Francia sin franceses

Québec



Se ha acabado tu viaje. Se ha acabado el verano. Cuesta hacerte a la idea de que todo ha terminado; de que todo ha terminado a la vez. Ya lo sabías. Tu aventura canadiense no podía durar para siempre. Cuando dejaste Ontario y te subiste en aquel tren rumbo a Québec, sabías que el vertiginoso ritmo del verano terminaría por atraparte y devolverte de una patada a España.

Québec es la parte afrancesada de Canadá. La parte indepe, si te va la juerga. Allí, el inglés hace aguas y el gen francés es dominante. La arquitectura es más europea y menos *America First*. El ambiente resulta extrañamente familiar. Las panaderías no venden *cinnamon rolls* –no es el fin del mundo: a cambio tienen *croissants aux amandes*– y los supermercados tienen este rollito de abacería del siglo pasado.

La ciudad de Québec es la mezcla perfecta entre la idea de Canadá y un pueblecito del centro de Europa. Es una localidad tranquila, casi aburrida, centrada en abastecer a sus turistas con tiendas de *souvenirs* y *tours* por la isla de Orleans y las cascadas de Montmorency. Su *hit* gastronómico es el *poutine*: patatas fritas con queso y salsa de carne.

Comerte un *poutine* en Québec es como comerte una paella a las ocho de la tarde al lado de la Sagrada Familia: decepcionante. Por supuesto, puedes encontrar algunos que están bien, pero ya se sabe que la popularización de los platos tradicionales lleva a la destrucción de los estándares más básicos de la cocina.

Cuando Québec se te queda pequeña, te vas a Montreal. Última parada del viaje. Montreal es menos aburrida y turística que Québec. Más multicultural y diversa. Tiene su propia Notre-Dame, un puerto con una noria gigante y una playa artificial, restos de los Juegos Olímpicos de 1976 y un jardín botánico de 73 hectáreas. Hay más cosas en Montreal –hay, por ejemplo, un restaurante llamado

Casa Galicia que vende paellas con chorizo y ofrece espectáculos de flamenco–, pero no te da tiempo a verlas todas. Te tienes que ir.

El verano se esfuma. De repente, estás subido en un avión de Air France que hace escala en París. Entre sueños, escuchas al piloto decir por megafonía eso de que “lo que acabas de ver no guarda ninguna relación con la realidad”. Cuando por fin llegas a Madrid, todo sigue en su sitio: el calor insoportable, el taxista cabreado, los mugrientos desayunos del Vips, el autobús repleto a Granada. Casi sin darte cuenta, vuelves a estar en casa.

En los días siguientes, tu viaje se deshace en decenas de imágenes que aparecen y desaparecen como flashes. Mientras la vida recupera su mundanidad, tratas de poner orden a esos recuerdos; aunque has pasado varias semanas en Canadá, tienes la sensación de haber estado allí solo unas pocas horas.

Resignado, compruebas el calendario. Haces cuentas. Resoplas. Y, con tus 470 correos en la bandeja de entrada pendientes de respuesta, abres Google Maps: nunca es demasiado pronto para empezar a pensar en el próximo destino.

